

HACE mucho que sucedió esto y no sé por qué he tenido que recordarlo justamente ahora, años después y de madrugada dominical. En fin.

Yo viajaba en tren aquel invierno, posiblemente corría el mes de marzo. Era la primera vez —y hasta ahora la única— que visitaba Suiza, y, si he de ser sincero, no me entusiasmó nada. En Sürich me asaltaba caprichosa e insistentemente un destello mental muy curioso: la imagen de un donante, entre cuatro paredes blanquecinas de azulejo de hospital, al que le conminaban «¡Venga, ¡masturbese!». Tiene que darnos su semen. ¿A qué espera?! Bah, es una idea sin sentido, cuando viajo por vez primera a un lugar, mi magín se torna caprichoso. Yo venía de Milán, y poco después llegaba a Stuttgart. La única persona que conocía allí era una tipa gorda con la que había compartido piso en la calle San Bernardo en Madrid, Andrea, un lunar postizo. Una de estas señoritas feas que pegan grititos y pretenden hacerse pasar por lascivas y libidinosas, señoritas de culo fofo y verbo lúbrico. A estas mujeres los vaqueros, la democracia y la educación mixta pienso que les ha hecho una mala faena, pero en fin. La llamé. No se ocupaba ni de mi nombre, I don't speak spanish anymore, that's all over, and besides I'm very very busy. Adiós, Andrea, adiós.

Recuerdo que en la estación de Stuttgart conocí a un macaco inglés que practicaba alpinismo en Hannover, un homosexual español muy bajito, y perros pastores asesinos que en la mirada se parecían a sus amos policías. Un desequilibrado me impidió plantar mi tienda de campaña en el parque, dormí en la sala de espera con los borrachos y los mendigos.

Al día siguiente —yo quería ir a Köln, donde conocía un par de números de teléfono, quería probar, por si acaso, antes de cruzar la frontera holandesa y saltar a Nijmegen que era mi verdadero destino. Bien, hubo suerte.

Alguien me aconsejó visitar una oficina donde conductores con el coche vacío buscaban viajeros que compartieran los gastos de gasolina. Alguien me trajo del alemán al inglés, pagué unos marcos (tengo una fotografía de la última estación del tren de cercanías de Stuttgart, parece un chiringuito típico del oeste americano) y me senté dentro de un Volkswagen metalizado con calefacción y cartel de «no fumar». Hola, cómo estáis, sorry I don't speak any German, éramos tres y la conductora —y nadie se conocía—. A mi lado, una chica alemana rubia se quedó pronto dormida, no sólo no cruzamos una sola palabra: es que apenas cruzamos una mirada. Yo era un viajero mediterráneo que viajaba extasiado por la ventana. Ella, una ciudadana cansada.

Las horas transcurrían lentas. El sol se puso. Me sorprendí y sobresalté cuando finalmente el automóvil frenó y todos se apearon. ¿Köln?, pregunté. No, this is Bonn, I don't go further. Debí mostrar tal cara de pérdida y desconcertado que las otras dos chicas se ofrecieron a ayudarme. Había que tomar un tren de cercanías. Casualmente una de ellas iba a Köln, capital. En el vagón las dos coclearon incesantemente en alemán grani-



Marzo

zado —hasta que en un momento dado una de ellas se despidió y se bajó en una estación, andén soledad viento y luna.

Nadie quedaba en el vagón. El tren se arrastraba diligentemente calvinista hacia la ciudad eterna de la catedral y absolutamente nadie además de nosotros dos quedaba en el vagón. Entonces la miré.

Las galaxias de las inmensidades siderales tendrán su orden aunque yo no lo conozca. ¿Por qué al arrojar el dado ha salido —pongamos— un cinco? Me fascina pensar que entre los dos, la galaxia inabarcable y el diminuto dado de madera hay algún tipo de nexo, ya que desde un punto de vista global no se detecta diferencia cualitativa alguna entre ambos cuerpos. Si me olvidé por un momento de mis despreciables medidas corporales, ¿cómo me arrogaré el derecho a establecer la superioridad de uno sobre el otro? Como canicas en una teocaja de zapatos, se influyen. Yo miré a la mujer alemana, mayor que yo; era la que había sesteado junto a mí en el coche. Tenía los ojos llenitos de dados y ruletas

siderales y, I como from Spain, le dije de repente. Ella abrió mucho los suyos. Se asombró. Ella había estado en España, conocía algo, pueblos que yo jamás pisara ni quisiera pisar, se volvió amable, dijo cosas profundas sobre los españoles que me edad demasiado adolescente y mi torpe inglés no me permitieron entender. Nos animamos mucho, bromeamos, reímos.

¿Dónde deberías ir, en Köln?, me preguntó. Le mostré una dirección de mi agenda de bolsillo, ella sonrió observando mi mochila sucia y mis botas de autotopista y se ofreció a llevarme en su coche, aparcado junto a la estación central. Bien. Seguimos conversando, hablamos de política, de arte, de literatura, de sexo. De toros, le encantaban los toros, la literatura y, decía, el sexo. Volví de nuevo a preguntarme hasta qué punto los individuos del norte de Europa pueden vivir instantes apreciados como mágicos. Porque para mí aquello era mágico. Estaba encontrando miles de puntos en común con alguien cuyo país visitaba por primera vez y a quien conocía de la forma más

casual del mundo. Ella sonreía de una manera que yo llamaría picante en una mediterránea, lo cual me mantenía en pura expectación, intrigado, pues los gestos de las mujeres protestantes son para mí un significativo vacío.

Seguimos conversando, ja natürlich, ella quería volver a España, salimos del vagón, tomamos el metro, ella incluso hablaba algo de español, el diálogo se fue tornando más y más denso, más y más cercano, más y más íntimo, y cuando por fin nos montamos en su coche me preguntó.

—¿Qué harás si tu amiga no está en casa?

Por supuesto era la probabilidad más lógica, hacía un año que no me escribía con Barbara Schmidt, podía haberse mudado, haberse ido de vacaciones, haberse muerto, cualquier cosa, y por supuesto no se me había ocurrido llamarla antes por teléfono y por supuesto las calles de Alemania en invierno a las once y media de la noche no son el mejor lugar para hacer amigos y turismo.

El coche arrancó. Miré a mi

acompañante con la respuesta a punto de salirme de los labios. Mientras la calefacción apenas empezaba a funcionar, le encendí un cigarrillo y lo pasé de mis labios a los suyos. Me sonrió ampliamente. Pero, maldita sea, eran significantes demasiado poco individuales para mí. En el camino a la Schutzlosstrasse hablamos de Alemania del Este, del comunismo que había comenzado a derrumbarse, de Picasso, de Herman Hesse, de Sevilla y de Thomas Mann. Yo temblaba de algo parecido a la alegría convulsiva, a la felicidad de un reconocimiento irreprimible, dos o tres veces me repetí la pregunta, qué harás si no encuentras a tu amiga. A tu conocida, a esa de quien no recuerdas ni la cara. No sé, no sé, nunca he estado antes en Köln. Y es tan tarde. Y no debes tener mucho dinero, no podrás ir a un hotel. Y yo estoy sola en casa.

Al entrar por los primeros semaforos de la temida Schutzlosstrasse la muchacha dijo, casi saltando, que en caso de no encontrar a mi conocida yo debía ir a su casa aquella noche. Recordé que aún llevaba una botella de excelente buen vino español en la mochila —y una piedra de hachís algecireño en el bolsillo—, lo puse a su disposición. Me pregunté, antes de salir del coche para buscar a la tal Bárbara, si la dirección no podía estar equivocada. Si Bárbara y Andrea no eran muy similares. No sé qué maldita frase dije del Fausto, mi acompañante la trajo, entusiasmada, a su original germano —y luego, con peculiar acento, ella entonó de memoria «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel aureliano Buendía había de recordar aquella tarde en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Dios mío, quise, desearse besarla.

Llegamos al número en cuestión, digamos el doscientos. Gran sorpresa, la dirección de mi agenda solamente señalaba la calle y el número —pero en el portal lucían una docena de botoncitos de portero automático. Todos en el doscientos. Me alegré de no saber alemán y de que los septentrionales respetaran más las horas. Los dos nos miramos —ella volvió a sonreír enigmáticamente, pero maldita sea, maldita sea, el significativo seguía estando vacío.

—Voy a llamar a un timbre, dijo ella, si no es nos vamos. Uno cualquiera, porque no se ve ningún nombre.

Hacía frío. Mucho, mucho frío. Una voz nasal surgió del negro altavoz. No pude resistirlo: miré a mi acompañante y le rogué con la mirada que no respondiera. Que callara, que olvidara.

Tarde. Se cruzaron un par de frases interrogativas en el idioma sajón, la voz del agujero metálico se alegró y excitó. Pensé que Bárbara era una estúpida, con su novio el turco ingeniero.

—¿German? ¿Eres tú? ¡Qué sorpresa! ¡Sube, por favor!

Momentos mágicos, nosotros los mediterráneos, los cantores embusteros. Nos miramos. Empezó a llover.

—¿Subes, Germán? ¿Has abierto ya la puerta?

Quise preguntarle a mi acompañante por algo, no pude. No pude. Tomó su bufanda a cuadros negros, me la enroscó alrededor del cuello, me besó breve y dulcemente y se marchó casi llorando. Llovía tanto que no pude ni ver al Volkswagen alejarse.

Germán Patricio